

Alfonso Reyes
y
El Colegio de México.

José Gao

El Colegio de México ha querido, con toda justificación, que esta publicación conmemorativa de su fundación se abra con un homenaje a Alfonso Reyes; y que este homenaje - fuese escrito por mí, con la sola justificación de ser yo el único de los profesores con que se fundó El Colegio sobreviviente en él.

El homenaje no puede consistir sino en que el Colegio reconozca lo que para él fué Alfonso Reyes -- pero también lo que para éste fue El Colegio: lo primero no habría sido lo que fue sin lo segundo.

Lo que fue Alfonso Reyes para El Colegio

Un fundador in absentia. El Colegio de México fue la transformación de La Casa de España en México, fundada por el Gobierno del General Cárdenas para intelectuales españoles acogidos en ella durante la guerra de España, cuando ésta se acabó y Gobierno, Directivos de La Casa y acogidos en ella, hubieron de reconocer que la acogida debía ser de duración indefinida por imprevisible. Pero cuando se fundó La Casa estaba todavía Alfonso Reyes en misión diplomática en el Brasil. Sin embargo, debió de contarse con él como primer Presidente de ella cuando regresara de la misión, si no es que ya en la concepción misma de La Casa, como el más indicado de los intelectuales mexicanos, por sus anteriores - relaciones con los españoles, para dibujar el perfil de una institución destinada a ellos y para regirla.

Como "Presidente" y no como "Director". Y sin duda - no por mimetismo estadounidense. Sino por motivaciones más originales, profundas y decisivas: por la concepción que -- había presidido la fundación de La Casa e iba a continuar -

presidiendo la vida de ésta y de El Colegio, concepción que -- quedará precisada en lo que va a seguir.

Como un Presidente burocráticamente puntualísimo. -- Que llegaba puntualmente temprano por la mañana a su despacho, y despachaba inmediata, ordenada, meticulosa e íntegramente -- los asuntos pendientes, los del día empezando por la correspondencia. Más de una vez me dijo el propio Alfonso Reyes que tal hábito lo había adquirido en su servicio diplomático, como indispensable, no sólo para la buena marcha del servicio, sino -- también para que le dejase libre de la jornada lo que de ésta necesitaba él para las faenas de su profesión de intelectual, de escritor, que nunca por nada abandonó.

Pero todo, menos un Presidente exclusiva, ni siquiera principalmente burocrático. Todo lo contrario. Ni siquiera, además, pero sólo, intelectual. Un Presidente hombre de mundo: por familia, por carrera diplomática, por vocación, aptitud y experiencia toda de la vida para serlo. Este aspecto de su Presidencia se manifestaba, por ejemplo, en su galantería. Recuerdo cómo cuando me presentó, para que la recibiese en mi seminario, a una joven que le venía recomendada de Costa Rica por el ilustre García Monge, no lo hizo sin decir que la recomendaban también sus bellos, inteligentes ojos negros.

El mismo aspecto se manifestaba también, aunque ya -- en conjugación con aquellos a los que aún ha de referirme, en su actitud imperturbablemente comprensiva y conciliadora -- principalmente con los españoles, con frecuencia tan quisquillosos, tan inoportunos e impertinentes, tan broncos: qué bien nos conocía y acertó siempre a presidirnos, es decir, a calmarnos, a -- orientarnos, a conducirnos sin que lo pareciese: porque en España había aprendido a estimarnos por nuestras virtudes, de las que había experimentado las buenas obras, y en gracia a ellas, a perdonarnos nuestros defectos.

El mismo aspecto, y en la misma conjugación, se manifestaba aún en las protecciones y favores dispensados como Presidente de El Colegio: no pensaba que fuera indebido servirse de su cargo para servir al amigo, al colega, al prójimo -- que lo mereciera, por su personalidad, por su obra, por ser joven promesa: acogiendo en alguna de las categorías de miembros de El Colegio, aceptando escritos para publicaciones de éste, dando becas...

Porque los otros aspectos anunciados en resumen en - el doble de fautor de iniciativas y aprovechador de las realidades. Su concepción esencial de La Casa, primero, y de El Colegio, después, era filial de una que había presidido también a la fundación del Centro de Estudios Históricos, su hogar intelectual madrileño: la de los inspiradores, fundadores y ejecutivos de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, y antes, de la Institución Libre de Enseñanza; en vez de planes ideales apriorísticos, completos y rígidos, - para la realización de los cuales podían faltar las personas idóneas y los recursos materiales indispensables, todo lo contrario: marco amplio, flexible, adaptable al aprovechamiento - efectivo de lo factible por las personas disponibles y con los recursos allegados. A tal concepción, casi doctrina, y no a vaguedad de propósitos, incuria o inconstancia, se debió radicalmente, que La Casa de España iniciara y El Colegio de México - siguiera una marcha experimental, de tanteo, ensayo, y, como - tal, plásticamente evolucionante.

En lo cual fue un Presidente bien secundado por elección bien hecha y/o por buen entendimiento con el elegido por otros. No hay buen Presidente sin buen Secretario. La Junta para Ampliación de Estudios la presidía Cajal, "pero" el Secretario era Don José Castillejo Duarte. El Colegio de México lo -- presidía Alfonso Reyes "y" el Secretario era Don Daniel Cosío Villegas. Y por cierto que entre el profesor de Derecho Romano y el exprofesor de Sociología, los dos en Facultades de Derecho, había --porque el primero murió hace años-- más de una afi

nidad: desde las más profundas hasta las más aparentes: la concepción y la práctica de la cooperación retraída, silenciosa, pero tanto más operante, eficaz, con el Estado en favor de la - alta vida intelectual del país; las maneras y el atuendo grises, ingleses, impecables --y la detonación en el de Castillejo de unos guantes amarillo canario increíbles, insolentes, exasperantes (la Psicofisiología enseña que el amarillo es color de tal acción), y el cruce del chaleco de Cosío por una insólita leontina de grueso cordón de seda roja, desaparecida con el reemplazo de los chalecos por los suéteres. Añoro los guantes y la --leontina --aquellas cosas de aquellos tiempos...

Pero también, y por último, un Presidente que sabía señalar límites, eso sí, con toda la elegancia, irónica, del - hombre de mundo. Me lo contó el mismo: un día se le presentó - una comisión de estudiantes, muy poseídos de los requisitos de la investigación científica a la altura de los tiempos, a pedir le unos costosos clasificadores de acero para sus papeletas de investigadores en ciernes; les contestó y contentó contándoles cómo los investigadores del Centro de Estudios Históricos de - Madrid, desde el Director, Don Ramón Menéndez Pidal, hasta él mismo, pasando por Américo Castro, Navarro Tomás y el resto entero, habían hecho lo que habían hecho guardando sus papeletas, sin menoscabo alguno de la más científica factura y clasificación de ellas, en cajas de cartón para zapatos.

Lo que fue El Colegio para Alfonso Reyes

Retrospectivannete:

Una reincorporación del Centro de Estudios Históricos de Madrid. Donde y desde donde Alfonso Reyes había trabajado de tal suerte, que lo tenían por español, ignorando que era mexicano, muchos, entre los cuales me cuento. Ni siquiera recuerdo si me di cuenta de que era mexicano al leer "El silencio por Mallarmé", organizado por él, en uno de los primeros números de la Re

vista de Occidente. Tengo la impresión de que no supe su nacionalidad hasta mucho más tarde. ¿Será posible que hasta saber, en México, que iba a presidir La Casa de España?

Actualmente:

No "Colegio de México", sino "El Colegio de México". Alfonso Reyes insistía en el "El". Sin duda. No debía ser ni era "un" Colegio cualquiera. Era y debía ser "El" Colegio de México por excelencia, gramatical y ortográfica --por de índole y destino. A saber.

Un retiro deparado por el Estado al insigne hiko del país devuelto del servicio oficial a su profesión intelectual en la vida privada. Aceptado.

Un órgano para el ejercicio de tal profesión y, en particular, para la publicación de sus escritos. Alfonso Reyes escribía con tan regular abundancia a mano, que necesitaba para él solo un mecanógrafo ocupado buena parte de la jornada, y en casos hasta toda ella. Y pensaba que el Estado mexicano juzgaría un deber proporcionárselo al escritor de México que él era: sin falsa modestia ni inmodestia. Es también confesión personal. Es un hecho cómo no abusó, precisamente, de El Colegio como entidad editora de su obra.

Un instrumento de relaciones con amistades y personalidades, compensatorias de una doble soledad de que se sentía aquejado, o decía sentirse, de que se quejaba: la juventud literaria, intelectual, en general, ya no le buscaba, ya no le leía; en particular, me envidiaba, decía, los alumnos, los discípulos. Yo sonreía. Porque una vez hizo lo que fue casi, casi un experimento. Aceptó la petición que le hizo un pequeño grupo de estudiantes para que iniciase con ellos un seminario de literatura --de ciencia de la literatura. Cuando me lo anunció, le insinué, lo más indirecta y discretamente que pude y supe, que el grupo, a quien conocía bien, lo que andaba buscando --

era unas becas. Se inició el seminario, y se interrumpió a poco y para siempre, ¿Porque los estudiantes no recibieron las becas y fueron dejando de asistir? Sí, pero también porque, a las pocas reuniones, Alfonso Reyes me declaraba, entre desolado y desesperado --no irritado: desesperanzado-- que aquellos jóvenes no tenían ni preparación, ni interés, ni comprensión bastante para seguirle. Y estoy seguro de que él, tan comprensivo, en --cambio, e indulgente, me perdonará, desde el más allá, añadir -- que quizá no era de los estudiantes toda la culpa, sino también de que él no era capaz de soportar más que estudiantes ideales, o sea, que la vocación de profesor no era precisamente la suya.

Prospectivamente:

Más de una vez le confesé mi temor de que la vida de El Colegio estuviese vinculada a la suya, o, a lo sumo, a la de Cosío. A veces me ponía una cara de preocupación; a veces, me --sonreía, como quien está en un secreto. Con el tiempo, después de decirme cómo andaba gestionando la pervivencia indefinida de El Colegio, acabó por decirme que pensaba haberla asentado. Y -- la vida de la institución desde que finó la suya es, sin duda, la confirmación de hecho --de hecho hasta en lo material, con -- la construcción del edificio propio y su reciente ampliación.

Es que había concebido El Colegio institucionalmente, como un instrumento de peculiar servicio al país. Como un centro de estudios no tanto suprauniversitarios, cuanto parauniversitarios, advirtiendo ya, y hasta previendo, en vista y presciencia de la evolución de la Universidad en el país, pero no sólo en él, ni en los demás del orbe hispánico, sino en los de Occidente de los que se dice que "van a la cabeza de la cultura", evolución que va estrechando e impidiendo a las minorías investigadoras y creadoras con la creciente invasión, avalancha, de las masas de estudiantes y, por exigencia correlativa, de profesores, la necesidad de centros adonde vayan pasando, o en donde vayan entrando directamente, los vocados auténticamente a las faenas propias de tales minorías. En la colección de trabajos que tituló

"La X en la frente", título un tanto sibilino, uno de los ingredientes de su sentido complejo es el de testimonio de la mexicanidad y el mexicanismo del autor, puesto en duda y hasta negado por incomprensivos, cuando menos. Pues, un ingrediente, a su vez, y principal, de la mexicanidad y el mexicanismo de Alfonso Reyes era la conciencia y convicción de una cualidad de los mexicanos que llama en uno de los trabajos su cartesianismo, y la de su deber, de él, Alfonso Reyes, de procurar servicio a su país especialmente fomentando el cultivo de tal cualidad por su aplicación en las disciplinas en que él, Alfonso Reyes, era el mexicano más descollante, las ciencias humanas, las humanidades, en general: y aplicación especial a lo mexicano mismo en el dominio de tales disciplinas, haciendo suyo el ideal de nacionalización de la ciencia propuesto a la Universidad por su restaurador, el Maestro Justo Sierra. En todo caso, tengo la convicción, por mi parte, de que la orientación creciente de El Colegio, en el sentido del centro parauniversitario de cultivo de las ciencias humanas en general, pero en especial al servicio de México, será el homenaje a su memoria que le resultará, por más fiel a sus propias aspiraciones, más claro en el más allá.

Y gracias a la consolidación institucional de El Colegio más acá de la muerte de su primer Presidente, ha sido factible mi vuelta a él. Si hubiera tenido lugar viviendo ahora aún él: me imagino su alegría, percatándome de la melancolía con que me la imagino.